



Bebés del crack

Seudónimo: Teo Stilton
Categoría: BACHILLERATO

Bebés del crack

En mi primer día de vida, mis padres me llevaron a la arboleda en un carro de telas grises. Tal vez querían que mi primera imagen del mundo fuese esa ilusión, hermosa e incorrupta, como era en otros tiempos. Deberían haber sospechado que yo, una criatura laxa y subdesarrollada que era incapaz de levantar la cabeza para mirar, no captaría el mensaje, fuera cual fuese. Aún me habituaba a los incontrolables movimientos de mi pecho y a la ausencia del pulso amortiguado del corazón de mi madre, no podía ver nada a través de la película turbia que cubría mis ojos, y, en cualquier caso, no los abría. La inmersión sensorial ya era suficientemente impactante sin los vibrantes colores y la intensa luz veraniega. Mi nacimiento había sido algo accidentado; el cordón umbilical se había envuelto cariñosamente alrededor de mi cuello antes de que saliera, y, después de hacerlo sin incidentes, me había negado en rotundo a ingerir la leche de mi madre, con aparente determinación de rechazar la propuesta de vida que se me había ofrecido. Dada mi fijación, mis padres tenían miedo de que fuese a aprovechar el mínimo bache en el suelo para sufrir una contusión cerebral y morir. Con máximo cuidado, me empujaron por los caminos aplastados en la hierba, y así, en lenta procesión, avanzamos bajo las ramas donde vibraban las cigarras.

Lo que a continuación sucedió resulta algo difícil de asimilar, teniendo en cuenta la paranoia de padres primerizos que los hacía inclinarse sobre el carro como buitres, en busca de una mínima señal de mi defunción. El caso es que, llegado cierto punto del paseo, las caras expectantes de mis padres dejaron de estar ahí. Llegado cierto rincón de la floresta, quizá demasiado limpio, quizá demasiado acogedor, quedé en completa soledad en mi carro, que siguió rodando un par de metros hasta detenerse por acción del rozamiento. El lugar en el que acabé coincidía con un hueco en el follaje. La exposición al sol había causado una abrasión en la hierba, que se había acostumbrado a la sombra durante muchos años, y la luz me azotaba en plena mejilla. En seguida me molesté por la interrupción de mi controlada experiencia sensorial, y rompí a llorar como sabía que debía hacer ante cualquier inconveniencia. Nadie me atendió; pasaron minutos y mis chillidos se hicieron más desesperados, demandando no sólo mi reposicionamiento, sino la atención de mis padres. Quiera o no creerse, considero estos momentos los más felices de mi vida. Sufría, sí, pero sufría porque algo necesitaba un cambio, no porque algo *faltara*. Mi mente, mi alma, o mi percepción de mi existencia como ser consciente, aún estaba completa. Pese a que no recuerdo este momento por razones evidentes, y no tengo testimonio de él salvo el que mis padres me dieron más tarde, sé reconocer que, en mi ignorancia, atesoraba lo que pasé el resto de mi vida anhelando.

Me gusta imaginarlo como si hubiera sido obra de alguien. Un ser con muy mal aspecto, una silueta demacrada, recortada a contraluz desde mi punto de vista dentro del carro. Una sonrisa de pega, practicada a lo largo de muchos años y empleada estratégicamente para contentarme. Como si hubiera salido de la tierra, seducido por mi llanto como la llamada de una sirena. Como si hubiese residido allí durante mucho tiempo, sin capacidad de sentir ni experimentar nada salvo hambre y deseo insaciables. Solo, aislado, siendo el único componente de su mundo incompleto. Músculos atrofiados, ojos desacostumbrados a la luz, un cuerpo retorcido y empequeñecido por décadas de inactividad. Como si hubiera introducido sus garras en mi espacio y me hubiera levantado, extasiado por la visión de aquello que siempre había querido. Alguien que lloraba lágrimas de alivio, y después de impotencia, al entender que lo que había encontrado seguía estando fuera de su alcance, guardado en algún lugar de mi pequeño cuerpo, o bien del espectro consciente que habitaba dentro de él. Alguien que, presa de la frustración, me lo quitó y se marchó con la conciencia sucia. Agujereó mi ser y, con toda la crueldad de alguien que desespera, se bebió lo que me llenaba, privándome de ello para el resto de mi vida. No es más que una conjetura, naturalmente. No puedo determinar cómo sucedió cuando ni siquiera sé qué es lo que me fue robado. Lo que es seguro es que, en aquel momento, empecé a llorar de una determinada manera que se me ha vuelto familiar con el transcurso de los años. Mis padres, cuando me encontraron, no pudieron consolarme, porque ya no lloraba por algo que ellos pudiesen modificar, sino por una carencia que nada podía suplir. Era el llanto del desvalido, la desesperación de quien anhela algo que no puede conseguir. No dejé de llorar hasta que, dejándome vencer por mis necesidades fisiológicas de neonato, me dormí.

Mi infancia transcurrió con normalidad, y este episodio quedó registrado como un pequeño susto que ayudó a mis padres a espabilar en lo que a mi crianza respectaba. En retrospectiva es cierto que, a temprana edad, ya mostré signos de estar ansiando, pero no se trataba de nada que no pudiera esperarse de un infante caprichoso. Pataletas sin motivo aparente, balbuceantes súplicas a mis padres que no respondían a ningún antojo físico, llantinas en mitad de la noche, y, en general, tamaños espectáculos montados con el solo fin de llamar la atención de alguien. La versión infantil de lo que he continuado haciendo el resto de mi vida, en otras palabras. Con todo, fui una criatura relativamente feliz, teniendo en cuenta que no he conocido la plenitud desde que tenía un día de

vida. Los problemas comenzaron más tarde, cuando crecí. Conmigo crecieron todos los componentes de mi ser, de modo que el hueco correspondiente a aquel que faltaba se hizo más amplio y perceptible. Habiendo desarrollado mis propios recursos con los años, la única forma de descargar mi frustración ya no era atosigar a mis padres; me propuse iniciar una búsqueda activa de cosas que pudieran llenar el vacío. Practiqué la rebeldía, la sumisión, el hedonismo y el sobreesfuerzo. Me entregué en mi totalidad a objetivos y vicios con el objetivo de alterar mi sistema de prioridades, pero, sin importar de qué modo redistribuyera las piezas, innegablemente seguía faltando una. Por las noches bajaba mis defensas y lloraba amargamente como el bebé de aquel claro, viéndome con terrible nitidez como un vaso roto, en el que no cabe nada más que aire.

Siempre he parecido gravitar hacia aquellos que, como yo, avanzan en sus vidas arrastrando algo que son incapaces de solucionar. No soporto rodearme de personas que parecen completas; la envidia me corroe, muero por extirparles ese apéndice que nunca han advertido pero sin el cual tanto sufrirían, y me angustio al reconocer que no sé cómo hacerlo, ni siquiera si es posible. Por eso todos mis contactos son almas martirizadas, sin remedio, a quienes puedo mirar a los ojos para ver mi propio reflejo y regodearme en mi miseria. Todos mis amantes se acercan al lecho buscando lo mismo que yo busco en ellos: no cariño, ni una conexión, sino una simple descarga de dopamina para poder funcionar durante el día. Somos como niños abstinentes, que han recibido de sus padres la adicción pero no saben de la existencia de la droga. Explorando esta idea, tuve severas sospechas en mi adolescencia tardía sobre mi padre. Durante mi infancia había simpatizado mucho más con él que con mi madre, y, en efecto, si conocía a alguien que compartiera mi misteriosa insaciabilidad vital, era él. Cuando mi madre contaba la trillada historia de mi desaparición, haciendo sutiles variaciones fantasiosas en cada cumpleaños, se mantenía siempre firme en el dato de que había sido mi padre quien me había encontrado. En ocasiones quise preguntarle si él lo había hecho, sin especificar el qué. Ciertamente se acordaría de algo así si se lo hubiese hecho a su propio retoño, y se lo estaría guardando entre sus vergüenzas para contármelo en su lecho de muerte, eximiéndose de toda consecuencia.

Nunca llegué a hacerlo, de todas formas. Una parte racional de mi cerebro aceptaba que la historia de la arboleda no era más que una fábula que usaba para ponerle una causa a mi tormento, y que lo más probable era que sencillamente hubiera heredado ese rasgo inconformista de él por mero azar de la genética. En cualquier caso, desde el día en que adquirí aptitud biológica para hacerlo, rechacé rotundamente la idea de producir descendencia. La probabilidad, por baja que fuera, de observar el desarrollo del anhelo mutando dentro de mi hijo, sabiendo que la causa de su sufrimiento radicaría, al menos parcialmente, en mí, era suficiente para negarme todos los placeres de criar a una persona. Cuando, para mi horror y sorpresa, me encontré en compañía de alguien que sentía aprecio genuino por mi desagradable persona, me vi en la obligación de comunicárselo así. Por si, en algún momento, se le pasaba por la cabeza la descabellada ilusión de que podría optar por mí para compartir su proyecto vital y demás. Predeciblemente, era el caso. Traté de poner distancia entre nosotros, de erradicar las falsas concepciones que mi fachada social pudiera haber originado acerca de mi capacidad para ejercer de ser humano funcional, pero se acercaba dos pasos por cada uno que yo retrocedía. Acabó por convencerme de que mis ideaciones no eran más que una proyección de mi pobre autoimagen, una inseguridad elemental amplificada por años de retroalimentación, y que todo podía arreglarse a base de terapia y reestructuración de mi estilo de vida. Por un tiempo, me lo creí. Aprendí a confiar, algo que jamás me había permitido hacer desde que entré en la adolescencia. Aquellos años fueron los más pacíficos de mi vida adulta, y, por un tiempo, me creí que había aprendido a vivir con el vacío, si no a llenarlo cada día. Debí haberme imaginado que mi sobriedad no duraría mucho.

En el primer día de vida de mi hijo, mi cónyuge propuso que lo lleváramos a la arboleda en su carro. Quería que su primera imagen del mundo fuera la naturaleza, hermosa e incorrupta, como lo era en otros tiempos. Debería haber sospechado que yo, una criatura madura y liberada de todos los males del pasado, me atragantaría con el café y le tacharía de demente al instante de oír la sugerencia. Esto no hizo que se doblegara. Pensó que me vendría bien a modo de terapia de choque final, y, además, yo no tenía opinión al respecto porque no había llevado al niño nueve meses como un tumor infernal que finalmente había sido expulsado a lo largo de once horas de dolorosas contracciones y secreciones sangrientas. En resumidas cuentas, acabamos haciéndolo. Colmamos el carro de toda la maquinaria pertinente para la caminata de media hora, yo me colmé el torrente sanguíneo de ansiolíticos para no pensar en los hechos que indudablemente estábamos reconstruyendo, y nos pusimos en camino. Con cuidado, empujamos el carro a través de los caminos pavimentados en el césped, atravesando el estanque de los patos y oyendo vibrar a las atemporales cigarras. Nuestro hijo había nacido con una extraña condición que hacía su piel especialmente frágil, y tenía ya varios cortes en los brazos que habíamos

sanado con esmero, de modo que prestábamos cercana atención a sus movimientos para que no se hiriera. Con dos pares de ojos siempre puestos en él, era imposible que lo perdiéramos de vista.

Llegado cierto punto del paseo, me separé de ellos por motivos que desconozco. Tal vez la ansiedad me superaba, tal vez tenía que volver a casa a por algúnartilugio para el bebé. El caso es que terminé caminando entre la sombría vegetación, deambulando por los pasadizos de mis pensamientos, y fue como si me zambulliese en galerías de tierra, mis emociones completamente neutralizadas. Como si la versión de mí a la que había suprimido volviese a filtrarse en mi cerebro, y mi cuerpo quedase demacrado, atrofiado, como lo habría estado si hubiese continuado con la vida de pena y vicios que había dejado años atrás. Acudir allí había sido mala idea. Rodeándome del paisaje de mis pesadillas no había experimentado una catarsis, sino que estaba volviendo a sumirme en la oscuridad de la que tanto me había costado salir. Corrí hacia la única fuente de luz que divisaba, un parche de sol en el follaje. Necesitaba salir de allí, encontrar a mi familia. Mi vida ya estaba completa; todas aquellas sensaciones eran farsas, producciones sintéticas de mi mente. Al fin, di con el claro, e inmediatamente varias conclusiones me golpearon. Este era el mismo claro, la misma parcela de hierba chamuscada en la que mi vida había dado un vuelco. El carro que se encontraba parado bajo el haz de luz no era el de mi hijo, sino uno más sencillo, menos equipado, de telas grises y no blancas. Y el bebé que lloraba dentro tenía algo que yo necesitaba poseer a toda costa.

Con mi mejor sonrisa practicada, me acerqué al pequeño canasto e introduje mis manos en él. Levanté al bebé que lloraba, y sentí el ansia en su máxima expresión, culminando. Estaba ahí, la pieza que me faltaba. Lo examiné por unos segundos; no era mi hijo, ni mucho menos. No tenía los rasgos de mi cónyuge, le faltaban los cortes en los brazos y tenía el cuello ligeramente amoratado, como si hubiese tenido algo envuelto alrededor por un tiempo. Era yo. No me cabía la menor duda. Mi vida era un ciclo interminable, en el que renacía una y otra vez y volvía a la arboleda para quitarme la felicidad. Si le robaba ahora lo que era mío, y vaya si quería hacerlo, tendría la misma vida miserable que yo hasta que se encontrara de nuevo en esta arboleda, y entonces repetiría el proceso y sería feliz el resto de su vida. Yo sería feliz el resto de mi vida. Por un instante pensé en resistirme, romper el ciclo y dejar que la siguiente versión de mí viviera sin saber que algo podría haberle faltado. Pero, ¿llegaría entonces a conocer a la persona que me dio una vida más pacífica? ¿Llegaría a tener a mi hijo, al que quería más que a cualquier otra cosa en el mundo? Probablemente no. Algo tan determinante en mi vida ciertamente tendría un gran efecto mariposa asociado. Y, además, era muy tentador.

Presa de la frustración, a la deriva del ansia salvaje, bebí de mi propio espíritu infantil la felicidad que nunca había tenido. Agujereé su ser, y del agujero supuró el afrodisíaco jugo dorado que solidificó perfectamente en el hueco de mi ser. Eché la cabeza atrás y lloré de puro alivio, porque por primera vez sentí que todo se había solucionado. Reí. Grité. Salivé. Supuré. Volví a gritar. Me asusté. Estaba saliendo de mí. Traté de retenerlo, pero se derramó por el suelo y se fusionó con la tierra. Supliqué desesperadamente, pero no pude evitarlo. Debería de haber imaginado que no se quedaría dentro de mí durante mucho tiempo. Al fin y al cabo, a mí también me habían agujereado en mi primer día de vida. Era un vaso roto, y en mí no podía verterse nada más que aire. Lo más horrible vino cuando bajé la cabeza y miré el desastre que había hecho. Mi hijo lloraba amargamente, ese llanto que solo los incompletos podemos reconocer. Lo dejé en su carro, temblándome las manos. Lo mecí de delante hacia atrás, de izquierda a derecha, le canté y le consolé, pero no se calmaba. No podía asimilarlo. Mi cónyuge llegó y me agradeció entre lágrimas el haberlo encontrado, pero yo había quedado de piedra.

Podría dejarlo transcurrir, como hizo mi padre. Podría verlo crecer con el anhelo y no decir nada, solo en mi lecho de muerte. No creo que pueda soportarlo. La culpa me reconcome cada vez que lo veo llorar, y ni siquiera cuento con la plenitud prometida para compensarlo. En medio de la noche, me equipo con lo que necesito y doy sendos besos a mi cónyuge e hijo. Salgo de mi casa en silencio, y me dirijo a la arboleda. Camino, perdiéndome deliberadamente en la oscuridad, hasta que doy con el condenado claro que, esta vez, solo está ocupado por un delgado pero sólido árbol. Me acaricio el cuello, y, con un movimiento de mi brazo, arrojo la cuerda por encima de una de las ramas.